

René Derouin

Ilustraciones tomadas del libro *Ressac. De migrations au largage*

“La plaza pública de las ciudades del sur siempre me ha fascinado. Esas construcciones en el centro de las ciudades mexicanas a las que se llama “zócalo” simbolizan los poderes de la sociedad: la política, la cultura y la Iglesia. La arquitectura de esas plazas antiguas en el alma de una sociedad y de sus instituciones”

QUEBEC: UN FRANCÉS DE AMÉRICA

Claude Poirier*

Traducción de Ociel Flores

París, sábado 30 de octubre de 1999, 22:30 horas. En el restaurante *L'Oncle Benz*, cerca de la Place d'Italie, el mesero se marcha y entran en su lugar dos autores-compositores-intérpretes. Entre dos canciones de Brassens, la cantante interpreta "La Manic" de Georges Dor. Poco después explicará que adora esta canción de amor por su tono de sinceridad; que pasó una temporada en Quebec; que hizo amigos allá...

Una mutación reciente

Las cosas han cambiado desde que los quebequenses empezaron a viajar con regularidad a Francia, hace unos 30 años. Con excepción de Félix Leclerc, conocido en ciertos medios, ningún nombre que-bequense era familiar a los franceses. Los visitantes de Quebec se veían obligados a repetir sus frases en las grandes tiendas parisinas; en ocasiones, en la provincia, alguien se sorprendía de que hablaran "bastante bien" francés (¿Canadá no era un país de lengua inglesa?). Actualmente, el Quebec es mejor conocido en Francia; su acento, transmitido por las canciones de Charlebois y los personajes de Tremblay, parecen menos insólitos.

Para el quebequense sentado a una mesa en un rincón del *L'Oncle Benz*, "La Manic" evoca más que la carta de amor [a la que alude la canción], las grandes obras hidroeléctricas de los años sesenta; es decir, el periodo de efervescencia que trajo consigo la apropiación por los francocanadienses de sus recursos naturales, y la toma de la palabra por diversos grupos, especialmente los "chansonniers", entre los cuales se contaba Georges Dor. Muy lejos de caer en lo satírico, como lo habría sugerido esta apelación en Francia, los "chansonniers" cantaron su país en plena transformación. Al mismo tiempo, los escritores, los periodistas y los locutores de la radio y la televisión se dedicaron a explorar su variedad natural de francés, contribuyendo a hacer del quebequense la lengua usual de las producciones culturales y mediáticas.

La Revolución Tranquila, nombre que se dio a esta metamorfosis social, tal como se manifestó de 1962 a 1966 bajo el gobierno del primer ministro Jean Lesage, debía permitir a los quebequenses reconquistar la palabra. Antes que nada había que asegurarse que el francés, que era la lengua de más de 80 por ciento de la población del Quebec, obtuviera el lugar que merecía en la plaza pública y reemplazara al inglés como lengua de trabajo, de divulgación oficial y de negocios. Este objetivo fue conseguido gracias a la presión de grupos organizados y de movimientos populares que obli-

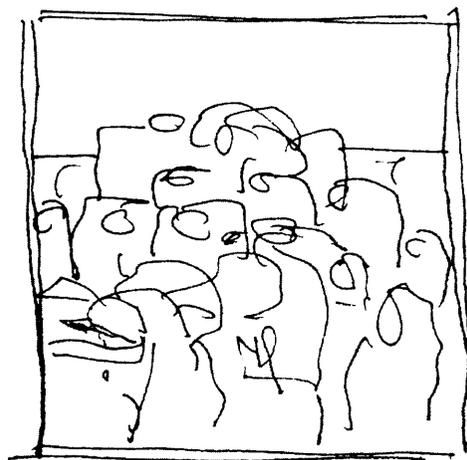
*Universidad de Laval.

garon a los gobiernos a adoptar, por etapas, a partir de 1969, leyes lingüísticas importantes. Se trata de la Carta de la lengua francesa, promulgada en 1977, que dio finalmente al francés un verdadero estatus de lengua oficial. Así, la toma de la palabra significó también un reconocimiento de la variedad de francés que modelaron desde la época de la colonización inmigrantes llegados en su mayoría de distintas regiones de Francia.

Aquel francés de uso cotidiano todavía no se “había ganado sus galones¹”, como se dice aún hoy día en Québec. A lo largo del siglo XIX, algunos autores habían intentado integrar aquí y allá en sus textos canadianismos como *capot* “manteau” [abrigo]² o *tuque* “bonnet de laine” [gorro de lana], aunque en la mayoría de los casos parecían particularismos involuntarios, como *la vase* usada como sinónimo de “boue” [lodo, barro] por Pamphile LeMay (*Cuentos verdaderos*, 1899):

“Había llovido. [...] Olivier Bélanger partió al trote de su yegua gris, un buen animal. Los cascos herrados caían acompasados en el barro y en los charcos. El lodo saltaba, el agua se escurría, pero nada se hacía visible.”³

La variedad canadiense del francés, en su uso oral, haría su aparición primeramente en los periódicos del último cuarto del siglo XIX (crónicas humorísticas, cuentos); luego, al comenzar el siglo XX, los escritores del terruño incluirían religiosamente canadianismos en sus novelas cuidando de proteger sus vocablos de la crítica mediante el uso de comillas o de itálicas. Habría que esperar los años cuarenta –con las novelas urbanas de Roger Lemelin (*Au pied de la Pente Douce*, 1944) y de Gabrielle Roy (*Bonheur d’occasion*, 1945)⁴ – para que la lengua usual del Quebec comenzara a emerger



en la literatura, en los diálogos y en los relatos. La autonomía de esta literatura con relación a la francesa no sería reconocida de hecho sino hasta los años setenta.

La lengua hablada por las diversas clases sociales fue en todo momento el francés quebequense –o canadiense, como se decía antes. Hasta los años sesenta se hacía un esfuerzo; sin embargo, en ciertas emisiones de radio y de televisión, lo mismo que en los círculos intelectuales, por acercarse al francés de París. Esto no quiere decir que existieran en algún momento dos lenguas distintas, una el francés, y otra un dialecto. Se tenía sólo una lengua, el francés, con variaciones según los individuos, su estatus social o sus ocupaciones; los más instruidos eran capaces de usar una lengua cuidada, lo que no significa que buscaran necesariamente reproducir el acento parisino.

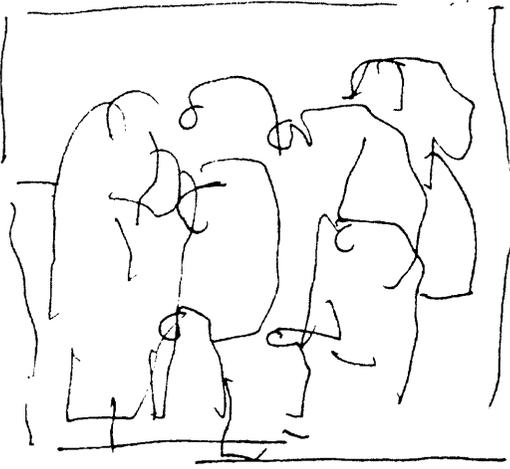
Por otra parte, incluso las personas poco instruidas comprendieron siempre sin dificultad a los franceses que se encontraban o que tenían oportunidad de escuchar en la radio o en el cine, cualquiera que fuera su acento, parisino o regional. En cuanto a la élite, ésta jamás ignoró el fondo lingüístico popular cuyos recursos supo aprovechar en el momento debido. Louis Fréchette, epígono de Víctor Hugo en *La leyenda de un pueblo* (1887) y uno de los defensores del purismo en el siglo XIX, usa con agrado esta lengua en sus cuentos. Hector de Saint-Denys Garneau (1912-1943), por su parte, es percibido como francés en sus escritos poéticos. Sin embargo, en su correspondencia, de estilo cuidado, no evita palabras como *fournaise*, “appareil de chauffage” [estufa usada para calentarse]; *barrer la porte*, “fermer la porte à clef” [cerrar la puerta con llave];

¹ “...n’avait pas encore gagné ses épaulettes”.

² En cursiva el quebequismo; entrecomillado su equivalente en francés de Francia y entre corchetes la traducción al español. Los vocablos del francés canadiense son con frecuencia arcaísmos no usados ya por los hablantes de Francia. El diccionario *Petit Robert* apunta en el caso de *capot*: “...(1576 “sorte de cape”)”.

³ “Il avait plu. [...] Olivier Bélanger partit au trot de sa jument grise, une bonne bête. Les sabots ferrés tombaient en mesure dans la vase et les flaques d’eau. La boue volait, l’eau ruisselait, mais rien n’était visible.”

⁴ (*Al pie de la Pente Douce*, 1944) y (*Felicidad de oferta*, 1945).



couverte, “couverture” [cobija, manta]; *jaspiner*, “bavarder” [charlar], y aun el vulgar *fourrer*, “baiser” [“coger”, fornicar]. La obra de su prima Anne Hébert, que hizo su aparición en los años cuarenta, es ejemplo de la introducción progresiva y natural del francés quebequense en la literatura.

Si este francés vio incrementar su estima, se debió a las iniciativas políticas mencionadas anteriormente. La situación ha ido cambiando a partir de los años cincuenta. El francés del Quebec ha tenido una evolución rápida que lo ha acercado al francés de Francia, al tiempo que se ha afirmado el uso de rasgos que se remontan a la época del Régimen francés o adquiridos desde entonces. Esta mutación ha tenido por efecto eliminar completamente la necesidad de imitar el acento de Francia, incluso en las emisiones informativas y en las revistas culturales. Para alcanzar esta madurez, los quebequenses debieron pasar por un periodo de reivindicaciones en todos sentidos, periodo marcado por fuertes manifestaciones contra el régimen político y social impuesto por la mayoría inglesa del Canadá y por acciones de resistencia al imperialismo cultural francés a través de la literatura *joualisante*⁵ de los años sesenta y setenta.

⁵ Literatura escrita en *joual*. El *joual* es la forma popular del francés canadiense. Esta variedad lingüística ha sido objeto de crítica, si se considera como un francés mal hablado. Aunque, ha sido también elemento de identidad; es esto lo que sucedió en la época mencionada, en la que escritores como M. Tremblay hicieron del *joual* la lengua de la creación francocanadiense. Su etimología parece ser la pronunciación relajada de “cheval” [caballo].

Los esfuerzos de los puristas y de las sociedades del buen hablar habían tenido poca influencia hasta ese momento, debido a que el contexto social no era favorable a una estandarización de la lengua. Los niños, por ejemplo, no veían ningún interés en distinguirse al corregir pronunciaciones como *toé*, “toi” [tú], y *pardu*, “perdu” [perdido] que escuchaban en todas partes al salir de sus clases. Habría que esperar la efervescencia de los años sesenta para que se modificara esta actitud. Una breve visita guiada a la historia lingüística del Quebec permitirá comprender por qué los quebequenses permanecieron fieles a sus especificidades lingüísticas, si bien aceptaban modificar ciertos aspectos de su pronunciación o renovar bloques enteros de su vocabulario.

Las peripecias del francés en América del Norte

En 1607, un año antes que Champlain desembarcara en Quebec con un primer grupo de colonos, los ingleses ya habían llegado a Virginia. Algunos años más tarde, guiados por los llamados “Padres Peregrinos”, un centenar de emigrantes ingleses fundaron Plymouth; poco después, otros grupos se implantarían en regiones vecinas. El conjunto de esas colonias corresponde a los Estados Americanos de Nueva Inglaterra. En esa época, los portugueses se habían instalado ya en Brasil, los españoles en México, en Perú y en Chile. Hacia la mitad del siglo XVII, el portugués, el español, el inglés y el francés habían echado raíces en América. La suerte de cada una de estas lenguas en el Nuevo Mundo dependió de la antigüedad de los viajes de exploración, de las victorias militares y de la voluntad de los países colonizadores para ocupar el suelo. Estos factores explican que el francés hubiera gozado de pocas ventajas frente a sus competidores en América, y que en consecuencia sea hoy la lengua de menos de 8 millones de hablantes, cantidad pequeña en comparación con los 300 millones de hablantes de inglés.

La suerte del francés en América del Norte fue decidida por una serie de derrotas militares y de

acuerdos políticos que inician en 1713 con la salida de los franceses de la más grande porción de Acadia a favor de Inglaterra (Tratado de Utrecht), seguida por la caída de Quebec en 1759 y la cesión de Luisiana a España algunos meses antes de ser firmado el Tratado de París (1763) con el cual Francia renuncia definitivamente a sus ambiciones en el continente norteamericano. Las tres colonias francesas habían ido engendrando una diáspora, sobre todo en la región de Los Grandes Lagos y en el oeste de Canadá; el antiguo imperio francés, que se extendía de la bahía de Hudson al Golfo de México, sería reducido paulatinamente a un conjunto de islotes francófonos cuya supervivencia fue posible al precio de luchas sin fin y de concesiones humillantes. En Canadá, los derechos lingüísticos reconocidos en 1867 en el Acta de Creación de la Confederación Canadiense no darían de hecho más que una protección teórica a los francófonos, antes de la adopción por el Parlamento de Ottawa de la ley sobre las lenguas oficiales, en 1969, la cual no rige, por otra parte, más que los organismos y las instituciones sujetos a la jurisdicción federal.

Estos sucesos terminaron por colocar al francés en una posición de inferioridad con relación al inglés y contribuyeron a despertar entre los habitantes de Luisiana, de Acadia y del Quebec una percepción negativa de su lengua. En Luisiana, por ejemplo, el francés fue prohibido en las escuelas en los años veinte, no sólo en las clases, sino también en el patio de recreo, de manera que fue casi ilegal hablar esta lengua. Entre las provincias marítimas canadienses, en las que vivían los acadios, sólo el Nuevo Brunswick pudo obtener un estatus oficial para el francés, en los años setenta. A pesar de ello, los acadios, que en esa región alcanzan cerca de 35 por ciento de la población, deben todavía aceptar que sus actividades sean realizadas en inglés. En Quebec, a pesar del terreno ganado por el francés, algunas cláusulas fundamentales de la Carta de la lengua francesa fueron invalidadas por la Corte Suprema de Canadá, como resultado de la batalla jurídica librada por la minoría anglófona de Montreal.

Los franceses quebequenses, acadios y luisianenses muestran diferencias notables. El contacto que tienen con el inglés, cuya presión es más fuerte en Acadia que en Quebec y más aún en Luisiana, ha contribuido a

acentuarlas. Aunque el inglés no es la única causa. Cada una de esas variedades de francés poseía al inicio características atribuibles al origen de los inmigrantes que se asentaron en Acadia, en Quebec y en Luisiana. Se sabe que en el siglo xvii el francés no era hablado de manera habitual ni uniforme fuera de la aglomeración parisina. Ahora bien, los ancestros de los quebequenses partieron, en proporciones casi iguales, de las regiones del Noroeste (Normandía, Perche), del Oeste (Poitou, Saintonge) y del centro de Francia (Paris, Touraine, Berry) mientras que la población acadia se desarrolló, en una proporción que rebasa el 50 por ciento, a partir de un núcleo de familias que vivían en las provincias de Poitou y de Saintonge.

En cuanto a la Luisiana, ésta fue colonizada más tarde, a inicios del siglo xviii, por inmigrantes llegados en parte de la región parisina. La Luisiana fue durante largo tiempo lugar de mezclas étnicas; recibió en especial un fuerte contingente de acadios deportados de su tierra por los ingleses entre 1755 y 1762 y, en diversos momentos, grupos de esclavos negros venidos de África o de las Antillas. El francés que se habla allí es por estas razones muy variable, en ocasiones cercano al acento acadio; en otras, al criollo. En la actualidad, un francófono europeo comprenderá sin gran dificultad a un quebequense o a un acadio, pero la conversación con un luisianense podrá tornarse difícil si la lengua de su interlocutor es dominada por componentes criollos.

Dicho esto, se puede afirmar que la mayor parte de los rasgos que distinguen al francés quebequense del francés parisino se encuentran también en las variedades acadias o luisianenses, con excepción de la prosodia y, en cierta medida, de la fonética. Lo contrario resulta inexacto: los acadios usan abundantes palabras que los quebequenses no conocen, cuyo origen se encuentra en el oeste de Francia, como *bâsir*, “dispa-raître” [desaparecer]; *cagouette*, “nuque” [nuca]; *faire zire*, “causer de la répugnance” [provocar repugnancia]; o tomadas del inglés, como *berry*, “airielle” [arándano] y *frollic*, “grande fête collective” [gran fiesta colectiva]. Los luisianenses comparten un buen número de estos rasgos con los acadios, pero poseen también algunos que les son propios, como *boscoyo*, “personne bossue” [jorobado]; *charrer*, “causer, converser” [charlar, conversar]; *corcobier*, “gambader, ou danser” [“brin-cotear” o bailar]; *grègue*,

“cafetière” [cafetera], sin mencionar los nombres de sus platos típicos: *couche-couche*, *gombo* y *jambalaya*.

Esta breve retrospectiva habrá permitido comprobar que, aunque existe un francés norteamericano, cuyas variedades principales han tenido evoluciones paralelas, esas tres variedades poseen rasgos particulares que saltan a la vista desde las primeras palabras. Lo que permite distinguir con mayor facilidad a los quebequenses de los acadios es la pronunciación con un ligero silbido de las [t] y [d] frente a las vocales [i] y [y],⁶ como en (*lundʁi*), “lundi” [lunes] o (*ʁulipe*), “tulipe” [tulipán], que realizan los primeros pero que no conocen los segundos, salvo en las regiones limítrofes del Quebec. Aunque la morfología puede servir también de indicio. De esta manera, en luisianense sucede que los verbos sean conjugados simplificando los sufijos: *je parle* [yo hablo]; *tu parles* [tú hablas]; *il parle* [él habla]; *nous autres parlent* [“nosotros” “hablan”]; *vous autres parlent* [ustedes otros hablan], *eux autres parlent* [ellos otros hablan] (*ou parlont*) [o “hablon”]⁷.

Una lengua alimentada por sus raíces regionales

Desde el momento en que Canadá queda bajo control inglés, el francés empieza a sufrir la influencia de la lengua inglesa que se infiltra a través de la jerga del parlamentarismo, y luego la del trabajo. Se cree generalmente que esta influencia del inglés es la principal causa de la distancia que separa al francés del Quebec del de Francia. Aunque no se puede negar la importancia de este fenómeno, hay que admitir que esta influencia se ha sentido de la misma manera en el francés de Francia. Desde luego, los efectos han sido muy diferentes puesto que, en el caso del Quebec, el anglicismo ha sido y sigue siendo percibido como una agresión; mientras que los franceses fueron seducidos

⁶ [y] es el fonema que corresponde a la llamada “u” francesa, es decir, la del pronombre personal sujeto, segunda persona del singular, por ejemplo en la frase: “Tu es Québécois?” [¿Eres quebequense?].

⁷ Estas traducciones intentan dar cuenta de la extraña conjugación de los verbos en esta variedad de francés americano.

y eligieron libremente aceptar préstamos de la lengua inglesa.

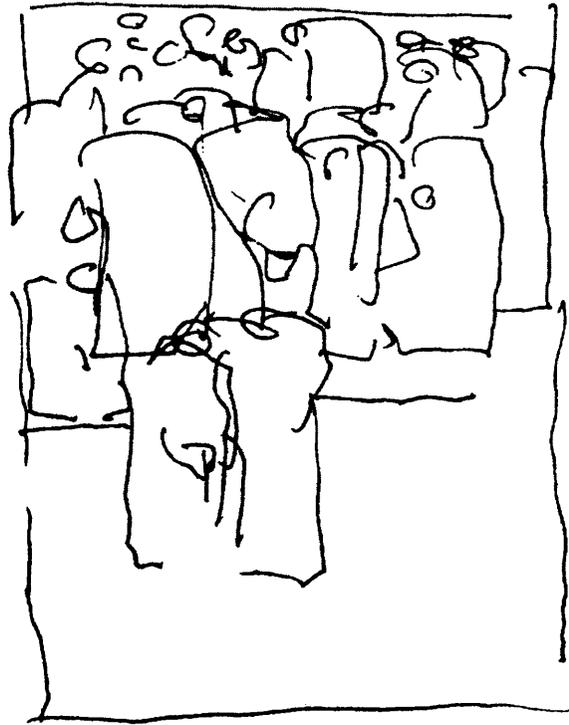
Si bien la infiltración de la cultura inglesa en detrimento del francés de Canadá es la consecuencia más evidente de la conquista, no es este fenómeno lo que mejor explica la evolución ulterior del francés canadiense ni lo que permite interpretar el comportamiento lingüístico actual de los quebequenses. En efecto, cuando en nuestros días un europeo escucha hablar a un quebequense, no son sus anglicismos lo que atrae la atención de aquél, puesto que los préstamos más evidentes se han vuelto poco frecuentes en el uso corriente del francés. Lo que notará es ante todo una manera original de expresarse en comparación con la suya, que reside en el uso de ciertos términos, en su pronunciación, en la melodía y en el ritmo de la frase. Habrá quien se sorprenda porque el quebequense adopta con facilidad un registro familiar en situaciones en las que un europeo guardaría su distancia. Estos rasgos de diversa naturaleza, y sobre todo el último, parecen confirmar la importancia de la herencia regional francesa que contribuyó indirectamente a ahondar la ruptura de relaciones con Francia. Es ésta al menos la conclusión que arroja el estudio de los documentos y de los impresos producidos durante las décadas que siguieron a la cesión del Canadá a los ingleses.

Más allá de los sucesos que cuentan, estos textos dan testimonio de la manera en que el francés era hablado; en ellos se percibe cómo la lengua del pueblo aflora de manera más espontánea que antes. Así, aparecen con regularidad palabras que no fueron repertoriadas bajo el Régimen francés sino que provienen sin lugar a dudas de las regiones de Francia. Palabras como *épinette*, “épiceá” [abeto del Norte]; *suissel*, “écureil rayé” [ardilla rayada]; et *godendart*, “grosse scie” [sierra de grandes proporciones] habían sido ya anotadas. Sin embargo, poco después de la capitulación francesa, esta categoría de palabras de origen provinciano ocuparía un lugar más destacado en documentos y en periódicos: en ellos encontramos *brumante*, “crépuscule” [crepúsculo]; *varveau*, “verveux”, “filet de pêche” [red de pescar]; *marinades*, “légumes confits dans le vinaigre” [verduras a la vinagreta], etc. Se produce entonces una renovación del vocabulario en la expresión escrita, a tal punto que

palabras del parisino, establecidas hasta entonces, desaparecen o retroceden decididamente en beneficio de maneras de hablar propias de ciertas regiones de Francia, como “coquemar”, vocablo que cede su lugar a *bombe* y a *canard* [hervidor, recipiente para hervir]. El tratamiento de los anglicismos confirma el creciente lugar que ocupa la lengua del pueblo en el seno de la sociedad: estos préstamos son integrados con una fonología francesa, a menudo deformados como efecto de su acercamiento con una palabra conocida y “ortografiados” en consecuencia: “tea-pot” se convierte en *thépot* [tetera]; “saucepan” es reinterpretado como *sauce-panne* [sartén], etcétera.

Estos hechos revelan que ha tenido lugar un cambio en la percepción de lo que se consideraba francés neutro: los que escriben no siguen ya de manera estricta la norma léxica que se observaba antes de la llegada de los ingleses. Si los historiadores no lo hubieran ya demostrado, el estudio lingüístico de los textos sería suficiente para probar que una buena parte de la élite francesa había regresado a Francia. El estudio lingüístico demostraría por otra parte que algunas funciones atribuidas a personas que practicaban la variedad parisina, al menos en lo escrito, habían sido retomadas por otras menos instruidas. Finalmente, se puede deducir de estas observaciones que, bajo el régimen precedente, el francés era la lengua usual, pero un francés impregnado de rasgos fonéticos y léxicos de las hablas populares de Francia. Esta lengua llena de recursos se conservaría vigorosa, pero sufriría un empobrecimiento léxico cuyos efectos se sienten todavía.

La evolución subsecuente de la sociedad quebequense y de su lengua ha sido marcada por la nueva dinámica social engendrada por la conquista. Tanto las cualidades como los defectos que se reconocen hoy en los quebequenses y en su manera de expresarse se asemejan a los que se atribuyen a las comunidades regionales, es decir, la sencillez y una empatía natural, lo mismo que una familiaridad a menudo extrovertida. Como norteamericanos han aprendido a ser pragmáticos por lo que no es raro que ignoren los protocolos. La población quebequense es relativamente homogénea si se le compara con la de Francia, la que conserva sus rasgos. Pero, desde la Revolución Tranquila, su



apertura hacia el exterior, resultado de su profunda necesidad de saber, originó en los habitantes de Quebec la ambición de rivalizar con los otros, lo que les trajo un refinamiento en diversos ámbitos, por ejemplo, en la alimentación. El proyecto de estandarización de la lengua que los quebequenses llevan ahora a cabo se ve favorecido por este hecho.

La interrupción de relaciones continuas con Francia se encuentra en el origen de una crisis de identidad cuyas primeras manifestaciones, en el dominio lingüístico, son perceptibles desde principios del siglo XIX. Al constatar –en los inventarios de los diccionarios y a través de los contactos que era posible establecer con los europeos– que el francés de Canadá presentaba numerosas diferencias con relación al de Francia, los francocanadienses se dejaron llevar por un sentimiento de inseguridad y dominar por una ola de purismo. Palabras vistas al principio con buenos ojos fueron poco a poco destituidas por los caballeros del buen lenguaje para quienes los inventarios de los diccionarios de Francia eran ley.

Es el caso del término *char* que fue considerado hasta los años veinte como un equivalente digno de “wagon” y de “tramway” [vagón y tranvía], adoptados por los franceses, pero cuyo uso terminó por ser desaconsejado;



incluso la palabra *poudrière* «neige fine que le vent fait tourbillonner» [nieve fina que el viento levanta en ondas], calificada como “obra maestra de nuestra lengua” por Óscar Dunn en 1880 (*Glosario franco-canadiense*) fue puesta en la mira de los puristas. En el mismo sentido se descalificaría la denominación *truite mouchetée* [trucha moteada], aplicada a un pez indígena de América del Norte, para reemplazarla por “omble de fontaine” [farra de estanque],⁸ creada en Francia. Los franceses habían descubierto que el pez llamado “trucha” desde la época de Jacques Cartier, era un “omble”, y como en Francia lo criaron en estanques o en fuentes, lo denominaron de esta manera. “Farra de estanque” recibió como nombre oficial en Quebec, a pesar de que el pez fuera a ojos vistas moteado y de que viviera en estado salvaje en la inmensidad de los lagos de América del Norte. *Fin de semaine* y *planche à neige* han resistido mejor a sus equivalentes “week-end” [fin de semana] y “surf des neiges” [wind-surfing en nieve], aunque el futuro de la primera expresión parece amenazado a mediano plazo en su uso cotidiano. Lo importante aquí no es que tal o cual

⁸ Variedad sedentaria del salmón.

quebequismo se mantenga, sino que los cambios a favor del francés de Francia no alimenten el sentimiento de inferioridad lingüística que los quebequenses están en vías de eliminar.

Una distinción que se consolida

El francés de Quebec se encuentra en una fase de transición acelerada. En unos cuantos años, pronunciaciones habituales, como *frér* o *miroèr*⁹ han cedido su lugar a “frère” [hermano] y a “miroir” [espejo] en el uso cotidiano. Gracias al trabajo de organismos como la Oficina de la Lengua Francesa, las terminologías han sufrido un proceso de “galicización” en los espacios de trabajo, lo que ha provocado que los niños escuchen decir ahora “pare-brise” y “essuie-glace” en lugar de “windshield” [parabrisas] y “wiper” [limpiador de parabrisas]. El restablecimiento de relaciones permanentes con Francia se nota en todas partes: “plateau” [escenario] alterna ahora con “cabaret” [cabaret]; “boisson gazeuse” [bebida gaseosa], con “liqueur” [licor].

Lo anterior no significa, sin embargo, que el carácter propiamente quebequense de ese francés esté en vías de desaparición. Al contrario, permanece impregnado de palabras, de sentidos y de connotaciones que los hablantes no perciben conscientemente. Que se trate de *botte de ski* [bota de esquí] o de *soulier de tennis* [zapato-tenis], pocos quebequenses pueden encontrar sin titubear el término usual en Francia. Si analizamos el sentido que se le atribuye en Quebec a las palabras *fricassée*, *gibelotte*, *hachis et ragoût*, saltarán a la vista diferencias notables con el francés de Francia que subsisten en el vocabulario más usual.

Estos cuatro últimos ejemplos son casos de persistencia de acepciones perdidas ya en Francia. Pero el francés de los quebequenses muestra también su arraigo en América del Norte. Así, no usa los adjetivos “droite”

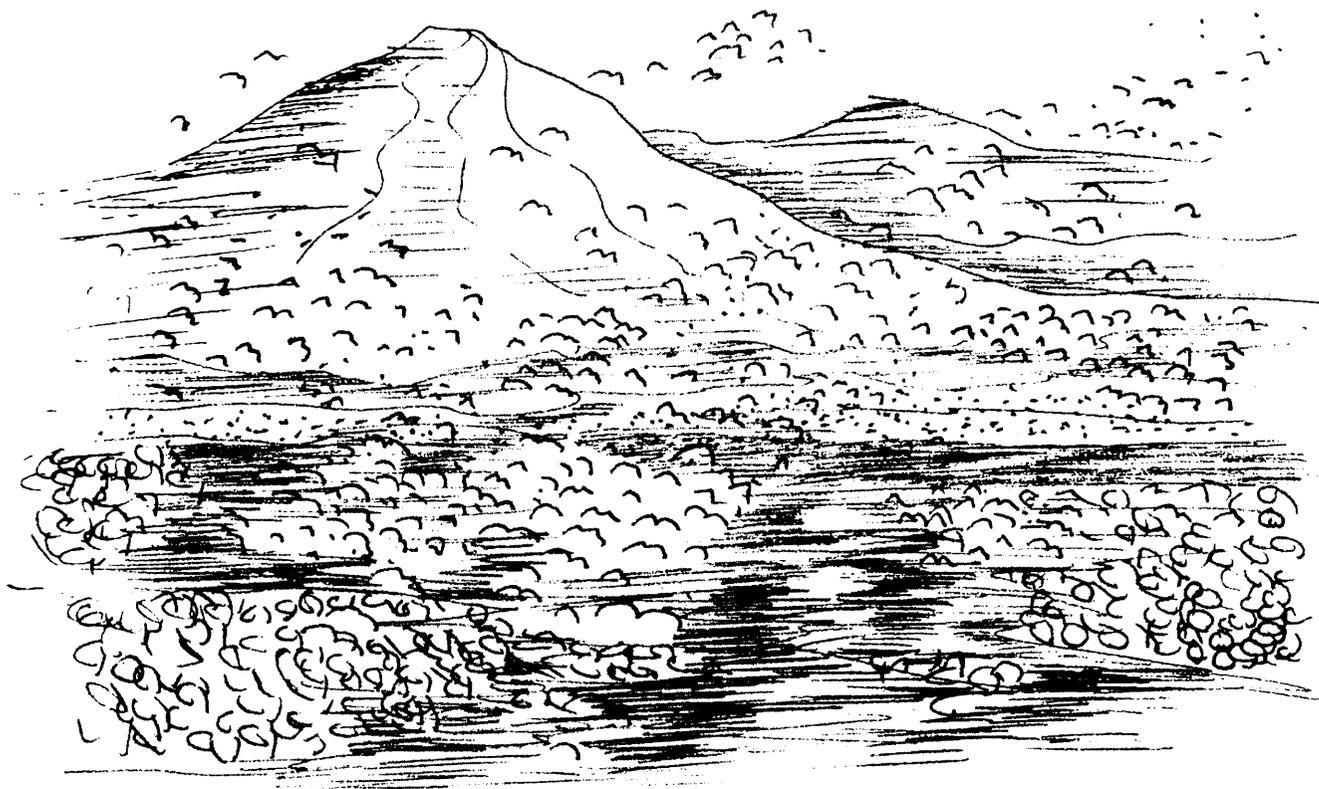
⁹ La diferencia oral reside en la [e] aguda de la versión canadiense *frér* en el caso de *miroèr*, se obtiene una pronunciación relajada, con una [o] y una [E] abierta, que cambia radicalmente el diptongo francés [ua], de [miruar].

y “gauche” [derecha e izquierda] para distinguir las orillas del San Lorenzo¹⁰, sino que adopta “sur” y “norte”, siguiendo en esto a los anglófonos que lo rodean. Si han olvidado expresiones como *payer une visite à quelqu'un* (según el inglés *to pay somebody a visit*) [devolverle la visita a alguien], que terminó por parecerles rara, siguen encontrando encantadora la imagen que evoca *parler à travers son chapeau* «parler à tort et à travers» (según *to talk through one's hat*) [hablar a tontas y a locas]. Finalmente, no hay que olvidar que la lucha por el mejoramiento de la condición de la mujer en el Quebec, cuyas repercusiones en la lengua y en la temática literaria son evidentes, tiene su origen en Estados Unidos.

Un fenómeno nuevo, de buen augurio: los quebequenses se muestran capaces de ejercer en nuestros días una cierta influencia en las comunidades

francófonas europeas. El caso de la feminización de los títulos es un buen ejemplo de ello, al igual que la “galicización” del vocabulario de la informática y la lucha contra la invasión del inglés en la comunicación oficial, que inspiró la política lingüística en Francia. Sin abandonar su “scooter des neiges”, los franceses no ignoran ya *motoneige* [moto para nieve]; incluso el típico *niaiseux* [tonto, simplón] quebequense logró “colarse” hasta las columnas del periódico *Le Monde*. De cualquier forma, estas son manifestaciones limitadas de la influencia quebequense en el francés de Europa, aunque hay que reconocer que tienen un valor altamente simbólico para los primeros interesados. Es así como la época en la que el lingüista Antoine Meillet podía escribir que los canadienses franceses “no contribuyen a la cultura francesa porque han roto el contacto con ella” (*Las lenguas en la nueva*





Duval & Georgeault
ORLANS 20 FEV.

Europa, 1918) ha llegado a su fin.

Al regresar a su hotel después de su velada en el *Oncle Benz*, el quebequense escucha la voz de Isabelle Boulay difundida por la radio de un bar de la Place d'Italie y descubre en el metro un anuncio publicitario que invita a los franceses a practicar el ski motorizado en Quebec. El Quebec ha vuelto a ser para los parisinos una región en la que se habla francés.¹⁰

Bibliografía

Le français au Québec: 400 ans d'histoire et de vie, bajo la dirección de Michel Plourde, con la colaboración de

¹⁰... Tu parles!? *Le français dans tous ses états*, volumen compuesto por Bernard Cerquiglioni, Jean-Claude Corbeil, Jean-Marie Klinkenberg y Benoît Peeters. Paris, Flammarion, 2000, pp. 243-256. ISBN: 2-08212545-9.

Hélène Duval et de Pierre Georgeault [Montréal] – [Québec], Fides – Publications du Québec, 2000.
Bouchard, Chantal, 1998, *La langue et le nombril. Histoire d'une obsession québécoise*, Montreal, Fides.
Pellerin, Gilles, 1997, *Récits d'une passion. Florilège du français au Québec*, Quebec, L'instant même.
Poirier, Claude (dir.), 1998, *Dictionnaire historique du français québécois*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval.